

Tim Jackson

Prosperidad sin crecimiento

Barcelona, Icaria, 2011

Prosperidad sin crecimiento ha cambiado la comprensión de la crisis económica y las expectativas sobre las condiciones materiales en que se desenvolverá la vida social, a todos los niveles, en el próximo futuro. Fruto de una investigación de la Comisión Nacional para el Desarrollo Sostenible del Reino Unido, su publicación ha significado, además, el renacimiento de la economía *política*, ya que la economía no es el desenvolvimiento mecánico de unas fuerzas materiales e impersonales, sino un conjunto de relaciones sociales ricas en dimensiones cognitivas, simbólicas y afectivas.

Para empezar, se pregunta cuál es el *propósito humano* de la actividad económica, y sugiere que persigue la prosperidad, entendida esta en sentido etimológico: *pro-spero*, según las expectativas, los deseos y las esperanzas. Y, ¿qué desean las personas?

Sin duda, la prosperidad tiene una dimensión material —como muestran las diferencias de salud, esperanza de vida o nivel educativo y cultural según el nivel de ingresos—, pero la mayoría de los indicadores de desarrollo humano (sobre salud, educación, desigualdad socio-económica, de género, etc.) muestran solo incrementos marginales a partir de una renta per cápita de 15.000 dólares, y lo mismo ocurre con las encuestas de felicidad personal. Estas, por su parte, revelan que las claves del bienestar personal —la prosperidad— son de carácter social.

Además de la esperanza de vida y de la salud física y mental, que, en buena medida, dependen del orden socio-económico a todas las escalas, importan la integridad corporal y personal, que, a su vez, depende de la buena salud de los derechos democráticos; los derechos educativos; la autonomía personal para elegir las propias metas; los sentimientos de afiliación que despiertan nuestras relaciones familiares, amicales y sociales; la confianza y la seguridad que nutren un sentido de comunidad; el trabajo satisfactorio y con sentido; la participación social; el control del propio medio; la oportunidad de jugar. En pocas palabras, importan las capacidades que posibilitan el florecimiento individual en un medio con alta cohesión social; y una vida de derechos y obligaciones equilibrados, con amor y respeto; de

realización y modestia, con júbilo y serenidad. En último término, señala Jackson, la prosperidad «depende de nuestro potencial para participar plenamente en la vida de la sociedad».

Una vez fijados *los fines correctos*, se entiende que sin un mecanismo sólido y legítimo para alcanzarlos la prosperidad es ilusoria. Y todo indica que el progreso entendido como una continua expansión de la capacidad de transformación material de la economía para satisfacer unos deseos materiales en expansión constante es insostenible. Cuatro factores sistémicos determinan esta situación.

En primer lugar, la creciente escasez del petróleo y de los principales metales implica costes crecientes que atraen una inversión especulativa desestabilizadora del mercado. Como consecuencia, este deja de indicar tendencias a largo plazo, e incluso a corto: «Es preocupante que los precios de las mercancías se hayan vuelto demasiado volátiles para ofrecer información fiable sobre una escasez inminente [...] El mercado está demasiado centrado en sí mismo para medir esa evolución. En segundo lugar, los destructivos efectos medioambientales del crecimiento están causando ya incrementos en los costes, y en los riesgos, y disminución de los rendimientos. Ejemplo clásico es la producción industrial de alimentos, amenazada por el creciente coste de abonos y carburantes, la pérdida de superficie cultivable y de la fertilidad de esta, y la mayor frecuencia de sequías y catástrofes meteorológicas. La escalada de los precios de los alimentos de 2008 es un indicio modesto de la futura normalidad. Por último, la inflación del sector financiero —producto de una política deliberada de impulso del crecimiento mediante un endeudamiento insostenible— somete las decisiones de evolución económica a los intereses a corto plazo de los acreedores, que solo pueden cumplirse recuperando y continuando un crecimiento que, a medio plazo, conduce al colapso.

Podría evitarse ese final, sin embargo, si fuera posible *desacoplar* el crecimiento económico del aumento del transumo material de la economía. Pero no basta con que el desacoplamiento sea relativo (producir más con menos que antes), si se produce un «efecto rebote», es decir, si el descenso de costes que conlleva la desmaterialización de los procesos engendra un incremento de la demanda y de la producción total. Y los datos confirman que así está ocurriendo: el crecimiento global ha absorbido las mejoras de eficiencia energética de las últimas décadas. Un indicador: las emisiones de gases de efecto invernadero no se han reducido globalmente.

Peor aún, y este es el argumento central del libro, para sostener un mundo de 9.000 millones de personas con el nivel de vida medio de la UE y, a la vez, contener las emisiones en un nivel inferior a las 450 pm de CO₂ —que los científicos consideran realista, no seguro—, sería necesario reducir la intensidad del uso de hidrocarburos y aumentar la eficiencia energética de los actuales 768 gramos de CO₂ por dólar del PIB a solo 36, para 2050 (cuando el récord mundial es Japón, con 244 gramos CO₂ por dólar). De seguir el crecimiento de la población al 0,7%, y de la economía a un 1,4% anual, ¡en 2100 se debería extraer CO₂ de la atmósfera para mantener la actividad en un mundo, en promedio, solo dos grados más cálido que el actual! Es inconcebible. Ni siquiera asumiendo cínicamente un importante aumento de la desigualdad el sistema es físicamente sostenible (sin hablar de su estabilidad, o su calidad, política).

Apuntando a un nivel de estabilización realista, para lograr que la eficiencia crezca más que la población y la renta (de hecho, diez veces más de lo que lo ha hecho hasta ahora,

impulsada sobre todo por intereses de mercado), harían falta un cambio tecnológico masivo, junto con una enorme transferencia de tecnología para que la mejora de eficiencia fuera global, y, más aun, un cambio total en la naturaleza del consumo, para que esas mejoras de eficiencia no provocasen un efecto «rebote» que las anulase. «La realidad —señala Jackson— es que aún no existe un escenario creíble que sea socialmente justo y ecológicamente sostenible para un mundo de nueve mil millones de personas [...] La eficiencia en el uso de los recursos, la energía renovable, la reducción en el flujo de materiales, todas tienen un papel vital que desempeñar en asegurar la sostenibilidad de la actividad económica. Pero [nuestro análisis] indica que es pura fantasía suponer que pueden lograrse recortes ‘profundos’ de las emisiones y recursos sin confrontar la estructura de las economías de mercado». En último término, es esta dimensión social la decisiva.

¿Por qué somos tan consumistas? La evidencia histórica muestra que la mayoría de las personas tiene un «nivel de saturación» del consumo no-ritual y que la diferencia «natural» entre consumir en el presente o posponer la gratificación ronda el 2% anual (interés al ahorro-inversión), y en una economía en estado estacionario ese beneficio para los ahorradores necesarios se prorratea entre el conjunto de la población. ¿Por qué, entonces, tenemos una economía que solo prospera si aumenta la liquidez, más aun cuando esta solo aumenta si el Estado emite dinero sin respaldo real (creando inflación) o los agentes financieros crean crédito como un múltiplo de sus depósitos, generando, cuando los intereses superan la tasa de crecimiento real, efímeras burbujas de algún tipo de valor?

La razón está en la combinación del motivo del beneficio con la economía de mercado. Los empresarios desean más beneficios y el mejor modo es rebajar costes para vender más de lo que bajan el precio. Para eso precisan aumentar la productividad laboral, o de los recursos; esto requiere inversión, cuya obtención no se optimiza ahorrando sino obteniendo el capital necesario a crédito, cuyos intereses solo puede pagar un crecimiento de la producción. Y esa mejora de productividad conlleva una reducción de la necesidad de trabajo —desempleo— y una merma de la demanda agregada que debería comprar la producción. El único modo de mantener la demanda es reinvertir los beneficios en aumentar la producción. Y para ello se mejora el crédito al consumo, se introducen novedades —muchas útiles, y otras meras variaciones de lo anterior—, se reduce la durabilidad de los productos mediante obsolescencia programada y se fomenta una cultura de la moda, del usar-y-tirar, y de la competencia simbólica por el estatus. «El sistema es viable mientras se mantiene la liquidez y aumenta el consumo. Si uno de los dos cesa, colapsa.»

El resultado es que, en un mundo donde la creatividad humana, la inteligencia emocional y la resiliencia frente a la adversidad no son escasas, prevalece el consumismo rampante de un «yo ampliado» que es, en realidad un «yo vacío» necesitado de compras y referentes famosos... porque su búsqueda de novedad y estatus es necesaria para la empresa que busca un monopolio puntual, ambos impulsados por la *ansiedad* de quedarse atrás, o fuera, de la lucha por los recursos, especialmente los de carácter simbólico. En todas las culturas, los bienes materiales conllevan mensajes sobre estatus (distinción, emulación), identidad, afiliación, aspiración, auto-expresión e incluso sentimientos (como los regalos), pero solo la nuestra confía tantas funciones psicológicas y sociales al consumo y basa en este, virtualmente, la mediación de todas sus relaciones sociales.

Esto nos sitúa ante el «dilema del crecimiento»: este, al menos en su forma actual, es insostenible debido al creciente coste de los recursos y los daños ambientales, a que genera crecientes desigualdades sociales y aumentos marginales decrecientes e incluso una pérdida de bienestar personal y cohesión social; pero el «decrecimiento» es inestable —al menos actualmente—, porque la disminución de la demanda de consumo aumenta el desempleo, reduce la competitividad y lleva a la espiral de la recesión. Así planteado, parece que es imposible una prosperidad duradera; pero no cabe ignorar el dilema. «No ser capaces de [abordarlo seriamente es] la mayor de las amenazas a que nos enfrentamos para lograr la sostenibilidad.»

Algo debe quedar claro en este momento: el crecimiento material sigue siendo necesario, *por un tiempo*, para los países y las personas pobres del mundo, con el fin de alcanzar un nivel de bienestar sostenible y justo; pero, como la economía global tiene que decrecer hasta que su huella global sea sostenible, e incluso contribuya a la restauración de la capacidad planetaria óptima para ofrecer servicios ecológicos, *es imprescindible* el decrecimiento de las economías de los países ricos. Y por eso «las respuestas a la crisis que persiguen restaurar el *statu quo* están profundamente equivocadas y condenadas al fracaso.» Además, cumplir sus obligaciones de deuda exige un superávit comercial que los países ricos solo pueden obtener exportando a unas economías pobres *realmente* en desarrollo, y sostenible.

Por eso, y puesto que invertir en *descarbonizar* la economía puede crear empleo a corto plazo, promover la innovación tecnológica y organizativa a medio plazo y mejorar la seguridad energética a largo plazo, es razonable impulsar un paquete de estímulo económico constitutivamente «verde». Campos clave son las energías alternativas y la red de distribución eléctrica, la agricultura sostenible, la mejora de la eficiencia de los recursos industriales, el reciclaje, el diseño de redes industriales circulares, la reforma de viviendas, el transporte terrestre y todas las redes de transporte público, la logística de la distribución comercial, los servicios directos a personas, la prevención y mitigación de los efectos del cambio climático, el fomento de los espacios públicos y la protección de los ecosistemas.

Este plan no ofrecerá en muchos ámbitos las tasas de beneficio a que están habituados los mercados financieros, lo cual motiva esta medida frase de Jackson: «Una cosa es clara: conseguir metas sociales a largo plazo en el sector energético requiere un pensamiento innovador y enfoques creativos sobre la propiedad de los activos y la arquitectura de la inversión.» Y a ello se suma que la actividad estimulada por el plan debe servir no para recuperar la dinámica de crecimiento anterior a la crisis, sino para efectuar la transición —al nivel de prosperidad más alto conservable— a una economía en estado estacionario sostenible.

Para efectuar esa transición con éxito es necesario que se cumplan tres requisitos, todos ellos sociales. El primero, que es crítico, compete a la comunidad científica de los economistas: dado que no parece posible hacer sostenible el crecimiento, hay que modelar un decrecimiento macroeconómicamente estable. El desafío teórico no es menor que el práctico. Requerirá sustituir el PIB como indicador de prosperidad por otro más humano y medir todas las variables clásicas (ingreso, gasto, producción, ahorro, inversión, etc.) de un modo que dé más peso a la eficiencia de la energía y los materiales, y a la resiliencia económica y social, que a la rentabilidad. Eso puede suponer tasas de aumento de la productividad laboral muy bajas y la necesidad de legitimarlas socialmente: «Comoquiera que sea la nueva economía,

las actividades económicas que requieran un bajo consumo de hidrocarburos y empleen a las personas de maneras que contribuyan con su significado al florecimiento humano deberán constituir su base. Por lo menos, esto está claro». (Las empresas sociales de base comunitaria y muchas pequeñas empresas familiares corresponden a esta definición). En conjunto, debe aumentar la tasa de ahorro y la inversión en una reconversión a formas de producción sostenibles, menos rentables monetariamente que las actuales, lo cual exigirá «repensar» el papel de «lo público y la privado» en la toma de decisiones económicas.

El segundo corresponde al Estado y una necesaria gobernación para la sostenibilidad y la resiliencia social y económica. Este es quizá el requisito más difícil: sin un liderazgo fuerte, respaldado por un mandato democrático, el necesario cambio de los valores, los estilos de vida y la estructura social será imposible, ya que no se logrará la cooperación condicional necesaria para extender la ética del compromiso colectivo y un ideal de auto-contención, de sencillez voluntaria, sin los cuales el proceso está abocado a fracasar. El Estado puede enviar ese mensaje a través de miles de señales cotidianas (las compras públicas, los planes educativos, los macro-indicadores, la regulación de las finanzas, la publicidad, los impuestos, etc.), pero eso no ocurrirá mientras su propia financiación, la estabilidad macroeconómica y el empleo dependen del crecimiento, aun en detrimento de la sostenibilidad y de los bienes comunes.

Y, sin embargo, las políticas públicas necesarias están ya claramente definidas. Nacionalmente, promover políticas de reducción de la carga laboral y redistribución del empleo (con ingresos equitativos y estables y, seguramente, introducción de la renta social básica); aumentar la prudencia financiera y fiscal; desviar carga fiscal a las emisiones perniciosas desde los ingresos (pero acentuando la progresividad sobre estos para combatir la ansiedad de estatus y proteger el capital social) e invertir en infraestructuras adecuadas y activos sostenibles con creación de empleo y productos más duraderos; y revisar la contabilidad nacional para incluir criterios de florecimiento personal, resiliencia social y sostenibilidad de unos servicios medioambientales apreciados por su utilidad, y por su valor intrínseco. Internacionalmente, establecer límites de extracción de recursos y de emisión de contaminantes, así como objetivos y plazos de reducción, gravar su precio de mercado y redistribuir —per cápita— lo obtenido para compensar en parte el alza de precio, y fomentar así el ahorro y la eficiencia; y apoyar la transición ecológica en los países en desarrollo. Y, a todos los niveles desalentar éticamente la cultura del consumismo.

El tercer requisito depende de la eficacia de las redes sociales, pues: «Ofrecer a las personas alternativas viables al estilo de vida consumista es vital. El progreso depende de construir capacidades para que la gente florezca de maneras menos materialista». Es preciso rechazar la tentación de resignarse a un mundo desigual, condenado al desastre por el cambio climático, y ocupado solo de la seguridad armada; asumir que nadie abandonará el materialismo, que la economía moderna es imposible sin crecimiento, y que el Estado es impotente, proclama Jackson. Pero que esto no sea así depende de la presión social que una ciudadanía informada, consciente, determinada y organizada sea capaz de ejercer, ya que, como señala Jackson, no es posible modificar los límites naturales, ni la naturaleza humana, pero esta sí pueden cambiarse las normas sociales, y el único límite en este campo es «nuestra capacidad para creer en, y trabajar por el cambio».

El crecimiento económico que hemos conocido sufre un agotamiento terminal. Por eso, concluye Jackson: «La prosperidad sin crecimiento [...] es una necesidad financiera y ecológica». De lo contrario: «Antes del final del siglo nuestros hijos y nietos tendrán que afrontar un clima hostil, escasez de recursos, destrucción de hábitats, especies diezmadas, escasez de alimentos, migraciones masivas y, casi inevitablemente, la guerra». Para evitarlo, tiene que florecer lo que Susan George ha llamado «un hedonismo alternativo» que cultive valores intrínsecos como la auto-aceptación, la afiliación y la comunidad. Antes tiene que cambiar, radicalmente, la sociedad civil.

JUAN MANUEL IRANZO
Universidad Pública de Navarra
jmia1706@hotmail.es